

El teléfono sonó diez minutos antes de las seis de la mañana. Francisca buscó torpemente el aparato en la mesa de noche, pero no lo encontró. Sacudió las sábanas y claro, estaba ahí. Entre asustada y aturdida contestó y, del otro lado de la línea, una voz susurrante le dijo:

—Feliz cumpleaños.

—¡Te acordaste!

—Necesito que salgas a la puerta en este momento.

—¿Sabes la hora que es?

—Claro que lo sé, no hagas preguntas tontas y obedece.

—Pero papá y mamá podrían despertar y...

—¡Sal ya!

Francisca, que acostumbraba dormir con una vieja camiseta de algodón, agarró los gastados *jeans* que descansaban en la silla del escritorio y se los puso. Atravesó en puntillas el corredor que separaba su habitación de la de sus padres y bajó por las escaleras. Sintió su corazón aletear al momento de girar la llave en el cerrojo de la puerta de la sala. Cruzó el jardín y abrió la puerta que daba a la calle.

Afuera no había nadie.

—No estoy para bromas —se dijo a sí misma.

Miró a un lado y otro, pero a esa hora todo lucía solitario y oscuro. A punto de entrar, notó algo extraño en el árbol plantado en la acera. Detrás del tronco y atado con un cordón grueso dormía un cachorro Labrador negro.

Francisca lo desató, lo envolvió con el largo borde de su camiseta y lo llevó a dentro de casa. Ya en la cocina lo colocó sobre la mesa y, entonces, descubrió que sujeto al collar pendía un mensaje escrito.

Francisca lo leyó y sintió que un nudo le atrancaba la garganta.

El mensaje decía:

**Para que nunca te sientas sola.**

**Te quiero,**

**Miguel**





## Un perro



En repetidas ocasiones, y desde que Francisca era una niña pequeña, tumbados sobre el pasto mirando al cielo, ella y su hermano mayor habían repetido el cuestionario esencial de sus vidas, cuestionario al que volvían cuando menos una vez por mes, alternadamente haciendo uno de interrogador y otro de interrogado, convencidos de que al memorizar cada respuesta estarían estableciendo su propia filosofía:

—¿Entre el Real Madrid y el Aucas?

—Me quedo con el Aucas —respondía ella.

—¿Entre una araña y un ciempiés?

—Cualquiera de los dos... pero cojos.

—Entre el olor a playa y el olor a montaña?

—A playa.

—¿Entre Cenicienta y Batichica?

—Batichica.

—¿Entre la Luna y el Sol?

—Las estrellas.

—¿Entre Arjona y el silencio?

—¡El silencio!

—¿Entre un perro y un gato?

—Un perro, claro.

Francisca se quedaba pensando y luego añadía:

—Pero no cualquier perro, tiene que ser uno grande, no me gustan los de raza pantufla.

—Y tampoco los sofisticados, de aquellos que deben ir a la peluquería dos veces por mes —decía él—, ¿te has fijado en la cantidad de perros que van por la calle mejor peinados que sus dueños?

—¡Y más limpios! Hay perros que se lavan el pelo y se cepillan los dientes con más frecuencia que sus amos, ¿te he contado de mi profesor de Educación Física? Tiene aliento de dragón, cada vez que abre la boca se marchitan todas las flores del colegio; si existiera una elección de Mr. Tufo, de seguro ganaría el primer lugar. Él está convencido de que seré una gran atleta, pero no se da cuenta de que cada vez que lo veo llegar, corro con todas mis fuerzas para que su aliento de bomba molotov no me alcance.

—Yo prefiero los perros grandes, con patas gordas y con buen aliento.

—A mí la raza me da lo mismo y las patas también —aseguraba Francisca—, lo importante es que el perro tenga cola. Los perros solo saben decir que están felices o lo mucho que te quieren con la cola. Cuando veo uno al que se la han cortado, siento lástima porque me parece que le han arrancado la sonrisa.

Desde que Miguel se había ido de casa, tres meses atrás, también Francisca sentía que de alguna manera le habían arrancado la sonrisa. Se había sentido muy sola y estaba claro que únicamente él, su hermano, sería capaz de entender lo feliz que le

haría la compañía de ese pequeño Labrador negro que llegó sorpresivamente el día de su cumpleaños.

Las mascotas estuvieron siempre prohibidas en casa y, para justificar esta censura, los padres de Miguel y Francisca parecían haberse puesto de acuerdo en el discurso que sostenían y que, a decir verdad, parecía copiado del programa de televisión *Primer Impacto*.

—Dicen los expertos —comentaba el padre muy serio, como si estuviera repitiendo las palabras del mismísimo Einstein— que los perros son animales salvajes y que pueden ser domesticados solo en parte. No es extraño que en un momento de locura ataquen a sus propios amos.

En ese punto de la exposición, entraba la madre con los ejemplos espeluznantes de crónica roja:

—He sabido de un perro que atacó a una viejecita y la dejó sin orejas... ¡sin orejas! La pobre debe parecerse a una gallina.

Escuchar a ambos hablar sobre los perros era como escuchar a un oficial de Policía conversando sobre Jack el destripador. Pero la verdad es que la prohibición no tenía nada que ver con el documental de un perro salchicha que se había comido a su dueño, sino que para mamá los perros eran los principales productores de toda la porquería que a ella le tocaría limpiar, mientras que para papá una mascota era igual a un montón de gastos; y cualquier cosa que implicara demasiada limpieza y demasiados gastos tendría pocas posibilidades de ser aceptada en el hogar.

Los dos hermanos se cansaron de pedir y pedir un perro en cada Navidad, en cada cumpleaños y cada vez que sus calificaciones tenían un brillo particular; la respuesta ante la petición de una mascota era siempre:

—No, no y no, a esta casa no entrará jamás una peligrosa bestia peluda.

Pero entró.

Ya con el cachorro caminando sobre la mesa de la cocina, Francisca quiso darse tiempo para pensar en la excusa que inventaría ante sus padres. Admitir que se trataba de un regalo de Miguel sería el pasaporte directo del perro hacia la calle o hacia la perrera municipal. El asunto era tan difícil como esconder una jirafa en la bañera.

Al cabo de unos minutos, el cachorro, que no tenía el mismo interés en la discreción de su nueva dueña, comenzó a ladrar con insistencia y casi de inmediato los padres de Francisca entraron en la cocina.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la madre restregándose los ojos.

—Nada, ma, es un perrito que encontré en la calle.

—¿A esta hora? Son las seis de la mañana, ¿qué hacías en la calle?

—¿No es curioso? Lo escuché llorar y salí para ver de qué se trataba, debe estar perdido o quizá se ha escapado de una casa vecina.

El padre se aproximó a la mesa para ver al animal y descubrió la nota escrita por Miguel, Francisca intentó arrebatársela pero fue en vano, él la leyó en silencio mientras una marcada arruga en la frente delataba su rabia.

Francisca, intuyendo el problema que se le venía encima, encontró una buena salida diciendo atropelladamente:

—¿Nadie me va a felicitar? ¡Hoy es mi cumpleaños, hoy cumplo 14!

Sus padres, que aún no salían de la desagradable sorpresa, no pudieron hacer otra cosa que abrazar a su hija y disimular el fastidio que les provocaba aquel problema negro de cuatro patas.

El desayuno transcurrió con una tensión mal disfrazada de celebración. La nota de Miguel había caído dentro del basurero de la cocina convertida en, al menos, 200 pedazos minúsculos. Su padre la había leído y luego la había convertido en pequeños fragmentos como casi todo lo que Miguel había dejado en casa al irse. Tras su partida, todo había ido a parar en el basurero convertido en retazos irreconocibles: ropa, cuadernos, libros, fotografías, etc., como si al triturar los recuerdos el resentimiento encontrara calma, como si existiera una relación geométrica-matemática entre el tamaño del rencor y la cantidad de pedacitos en los que se convierte una carta al destrozarla.

—¿Puedo quedarme con él?, prometo que lo cuidaré —se atrevió a preguntar Francisca mirando al cachorro, y lo hizo intentando imprimir toda la naturalidad del mundo a su pregunta, como si en lugar de hablar del animal estuviera pidiendo permiso para quedarse con unos calcetines nuevos.

La madre sonrió y casi mecánicamente cambió de tema, era una experta en evadir aquellos asuntos que podían convertirse en una explosión atómica: